

Alberto Guerra Gutiérrez, poeta: "Baladas de los niños mineros"

Muy estimable hermano Luis:

La noticia del fallecimiento de nuestro común amigo Alberto, me ha desolado hasta lo más profundo de la vida. Como tú estoy inmensamente triste.

Me desahago contigo: No hace un mes antes de su muerte me llamó por teléfono preguntándome cómo estaba de salud. Agradecí su solidaridad y tuve el presentimiento de que el turno era mío, con este corazón tan delicado. Pero ya ves, él se adelantó en el camino. Lo que me deja, doliente, con mi carga de años.

Tu fuiste un amigo entrañable de Alberto. Así pues, te expreso mis condolencias por la ausencia de nuestro inolvidable compañero de jornadas.

Inclino reverente mi cabeza ante su recuerdo.

He escrito para El Duende, unas palabras en memoria de Alberto. Las remito a ti para que hagas el favor de darles cabida en nuestro Quincenario. ¡Cuánta ausencia me atenace el sentimiento! Sólo nuestra amistad, querido Luis, será un bálsamo en esta hora profunda.

Te abraza como siempre,

Luis Fuentes Rodríguez

Guardo muchos recuerdos de Alberto Guerra Gutiérrez en años de compartir la ternura por los niños, como los sueños o las tristezas. Podría decir que estábamos unidos afectivamente en la silenciosa urdimbre de la poesía, aún más por aquella que roza el color de los pétalos del alma, cuando éstos no se oscurecen por la dura realidad de la vida minera; ¡que más bien se encienden en la oscuridad!

—¿Tú puedes creer que los niños mineros no tienen sus pequeñas alegrías? —me dijo cierta vez, a propósito de sus poemas escritos con el nombre de los hijos de los "jucus", de los "chascquiris" o de los "maqipuras".

—Tienes la palabra principal —le respondí. Y eché al aire la sencilla piedad de su palabra:

"En la escuela
le han servido un jarro
de leche aguada...
y en el pan
que está esperando,
¡ha visto
a sus tres hermanos
aguardando
aguardando!"

Yo no puedo aseverar que no la tengan. Pero tengo algo que decir ahora que se hechiza mi alma en la frescura de las vegas: Cierta vez que daba clases a los niños de Huanuni acerca de los árboles donde anida la poesía, una niña del lugar de no menos de siete años, se me aproximó en la calle, ya entrada la tarde, para preguntarme si en la plaza había alguno donde trinaban los pájaros. ¡árboles en la desolada altura de un repliegue de los Andes!

De ese tiempo conservo una correspondencia que se inició en ese centro minero, que se agrandó en La Paz y que se hizo ala en el aire perfumado del valle Idílico de Tarija, —donde el poeta llegaba alguna vez invitado por sus amigos para compartir "mostos lunares" como decía ese otro inmenso vate Héctor Borda Leaño.

"¿Qué debo hacer ahora?
¿Qué debo hacer con este canto
nacido en mi garganta?"

Así escribía el gran ausente.....

Vivir, como un hombre de bien. Abrir caminos para que otros lleguen a la meta bendiciendo su Jornada. Iluminarse de adentro, en silencio —que no es morir si uno oficia la misericordia, hasta hacer que tañen campanas en el desierto— Alberto fue un pacificador en plena guerra de las Injusticias sociales; fue un adelantado en la defensa de la niñez desvalida, no sólo porque era maestro de escuela, sino porque aprendió —con ellos—, que es mejor abrir las alas no tanto para elevarse cuanto más bien para proteger la nidada; a los hijos de los pobres, esos desheredados que acabaron sus días bajo el "aísa" o fueron relocalizados o se perdieron en un país no inventado todavía.

Hablo de la ficción de un espejismo político, de todas las ficciones por las que los elegidos tienen su reino transitorio. Y, sin embargo, tonante. Pero además de esta identidad en la poesía y en la solidaridad con las gentes de abajo, nos unía algo más que la memoria repelida en el viento al convocar a nuestros muertos queridos: Luis Mendizábal Santa Cruz, Milena Estrada Sainz, Hugo Molina Viana, Héctor Cossío Salinas, Gonzalo Vásquez Méndez... ¡tantos hermanos nuestros, amigos de verdad, del tamaño de nuestra gratitud por su obra, inagotable como un mar sediento de grandeza!

Quien caló hondamente en estas "Baladas de los Niños Mineros" fue el autor de "Martín Arenales", lustrado por un sabelotodo. El poeta orureño de los párvulos ha escrito del poeta orureño de los niños: "Que en los maestros palpita el mensaje de tus Baladas, que el pueblo boliviano se dirija a los niños de las minas, por lo que está en deuda siempre. Encendiste la estrella de la poesía social en la Literatura Infantil Boliviana: estrella vigilante que nace en el marfirizado cielo de una Noche de San Juan..."

Hay que percibir la terrible angustia de Alberto Guerra Gutiérrez, poeta, cuando deja escrita la memoria del dolor con alas de una mariposa.

¡Ah, esos ángeles de las minas del país!
¡Ah, ese niño minero!

"Come migajas de pan
en los fríos mostradores
de la pulpería.

Deshojado el árbol
el camino,
su historia es la misma
de siempre.
El padre tose
en el hospital:
la madre, día tras día
tocando las puertas
del Seguro Social:
—¿Pagarán hoy...?
¿Pagarán mañana?
Y el niño se muere
de soledad,
de soledad en soledad"

Afirmo que "Baladas de los Niños Mineros", de Alberto Guerra Gutiérrez, es el testimonio más fecundo del compromiso del poeta de servir a los demás, entregándose él mismo a esa misión de amar con la claridad de la conciencia Inmaculada. Él no hizo mal a nadie, pero su cofre línco, hirió la complacencia de los satisfechos, de los cómodos, de los irreprochables.

"Todos los niños son iguales en su medio" me espetó un pedagogo tratando de explicar la nobleza de cierta enseñanza institucionalizada ¡y siempre repetida!

Es la ocasión, para que tal licenciado se quite las anteojeras y descubra la humanidad en este poema de Alberto, el que sí supo mejor las cosas, porque entendía el sentido semántico del término experiencia.

La cátedra va bien pero es más confiable aprender en la vida...

"No porque juegan,
rien de felicidad,
no porque cantan
no tienen hambre,
no tienen sed.

Los niños mineros
—siembra de caminos
y de cristal—,
han visto de cerca
La Noche de San Juan"

Y eso es suficiente para comprender que la poesía en el poema, no está destinada a distraer a las gentes, cubiertas de ringorringos, sino a hurgarles el alma, como lo hacía aquel que nos convoca ahora desde su silencio recogido para siempre.

Por el camino vamos, Alberto...

Luis Fuentes Rodríguez 1932 Poeta y escritor
Autor de "Sambo", "Las muecas de Cristo",
"Con la patria adentro", entre otros

